



XVII

*La fe de la Iglesia Católica se cifra en la
adorable Eucaristía.*

Mysterium fidei.
Es el Sacramento de la Fe.
(PALABRAS CONSAGRATORIAS.)

1. Un trono de marfil, esmaltado con finísimo oro, y sobre él una columna de brillante luz, pedestal magnífico de cierta peregrina señora que, rodeada de hermosos resplandores que podían competir con los del sol, vendados los ojos con nivea cinta de seda, ostentando en su blanco pecho la imagen del rey de los astros, sosteniendo en el brazo derecho el símbolo de la Redención, y en la propia mano un valioso anillo é inmarcesible corona, y asiendo con la izquierda una cadena de bruñido oro, al pie de la cual se destacaban con gruesos caracteres: *este es dichoso y dulce cautiverio*, he aquí simbolizada la Fe divina, la Fe del cristiano.

2. Mas es preciso que tantos y tan bellos geroglíficos de la primera virtud teologal, sean explicados para poder contemplar de un solo golpe de vista el diseño que acabo de proponer. Ese trono de marfil, adornado de preciosos esmaltes, denota las inestimables riquezas que adquiere el hombre con la sobrenatural virtud de la Fe. Esa columna de luz es figura del fundamento espiritual, porque la Fe sustenta la fábrica del alma; y es de luz, para mostrar que la

fe, cual luminoso faro, guía al mortal por las oscuras sendas de la vida. Esa peregrina señora tiene vendados los ojos para dar á entender que los misterios de la fe católica se han de creer á ciegas, puesto que Dios, que no puede engañarse, los ha revelado. La simbólica señora ostenta el sol en el pecho, porque, efectivamente, la fe divina, á la manera que el rey de los astros, alumbra todo el mundo. Sostiene con el brazo derecho la cruz, porque el misterio de la Redención es la base del Cristianismo al cual abraza, como á lo que más aprecia. La corona y anillo de oro que lleva en la propia mano son un emblema del feliz desposorio del alma con Jesucristo. Finalmente, la áurea cadena, que tiene asida de la mano izquierda, y que cautiva la luz del mediodía, es símbolo adecuado de la fe cautivando á la razón, pero sin violentarla; de ahí aquellas palabras gráficas: «Éste es dichoso y dulce cautiverio».

¡Qué bello es el cuadro de la fe católica! Atrae por su hermosura, y encanta por su grandiosidad. La fe es un terso y limpio velo que cubre la realidad, pero que la vislumbra; es un medio de separación entre la realidad y nuestra inteligencia, pero que une á ambas por medio de la autoridad divina.

3. Poseemos un Misterio que en cierto modo contiene toda la fe del Catolicismo; porque todo cuanto en el Catolicismo existe, incluso él mismo y la fe misma, converge á Él. Para creerlo nos es necesaria más fe que para asentir á los demás misterios de la Iglesia; más aún: se necesita toda la fe que nos es indispensable para creer los demás arcanos divinos. Es un sacramento de la fe. *Mysterium fidei*; misterio que no sólo aumenta la fe en el cristiano, sino que se la proporciona. Por esta razón, á medida de la preparación del alma para recibir este Sacramento, se obtendrá la fe, de suerte que á mayor disposición, mayor fe, y por consiguiente, á mayor fe, se conseguirán mayor número de gracias.

¡Bellísimo Sacramento en el que se compendia la creación, el hombre, la Iglesia y hasta, si me es permitida la expresión, Dios mismo! No es sólo gracioso epílogo de los

bellos encantos de la naturaleza, con sus armónicas leyes, pues las supera; no es sólo perfecto boceto del hombre con sus fuerzas físico-intelectuales, pues es un Hombre-Dios quien en Él está presente; no es sólo gran resumen de los dogmas y del culto y de la disciplina de la Iglesia, pues de Él parte una poderosa corriente de vida que vigoriza esta disciplina y este culto y estos dogmas en grado admirable, sino que también es cifra hermosísima de la Divinidad misma, donde esta Divinidad siendo inmensa, se condensa, por decirlo así; siendo infinita, se limita á lugar reducido; siendo omnipotente, se manifiesta sin fuerza alguna: es la Eucaristía suma grande, no sólo de todos los milagros, pero hasta del Todopoderoso que los obra.

En efecto: el Sacramento de la Eucaristía contiene en cierto modo toda la fe del Catolicismo, y por esta razón, demostraré: 1.º Que *nuestra fe se compendia en el Sacramento del Altar*. 2.º Que *para creer en este Sacramento y, por consiguiente, para recibirlo nos es necesario mayor grado de fe que para los demás Misterios*. 3.º Que *por modo especial recibimos la fe de la Eucaristía; y en tanto recibiremos mayores gracias en cuanto comulgemos con mayor fe*.

§. I.

He expuesto en otro lugar que los seis admirables sacramento de la Iglesia han sido establecidos en orden á la Divina Eucaristía; que todos ellos giran como en derredor de Él y le dan corte; que los mismos, en una palabra, sirven al Sacramento del Altar; y ahora para mayor abundamiento aduzco la autoridad del Angélico, el cual afirma que la Eucaristía contiene en cierto modo los demás sacramentos.

¶ Pero si ahora fuéramos discurrendo por cada uno de los artículos de nuestra Religión augusta ¿no deduciríamos que todos ellos están contenidos en el soberano Misterio de la Fe? Algunas ideas he apuntado en el exordio, manifestando que la Divinidad con todos sus relevantes atributos está contenida por admirable modo en la Santa Eucaris-

ristía; los Misterios de la Encarnación y Redención están de igual modo cifrados en el Dios-Hombre del Sagrario. Si buscáis en la Eucaristía la fe de la Ascensión de Cristo á los cielos y su residencia á la diestra de Dios Padre, recordad que Ella es prenda de la gloria futura á donde los justos serán exaltados, según lo fué el Príncipe de los muertos; si indagáis el dogma del Espíritu Santo, no ignoráis que en ese Sacramento están por inseparable acompañamiento las tres divinas Personas de la Trinidad Santísima; si me preguntáis acerca de la Comunión de los santos os diré que la Eucaristía es precisamente el punto en donde todos los justos se reúnen, el centro de donde se deriva la santidad, y la farmacia donde se elaboran los bienaventurados; si deseáis saber respecto al Perdón de los pecados, la Eucaristía es la causa que impele á frecuentar el Tribunal de la penitencia, y Ella misma perdona los veniales y precave de los mortales; si queréis que os diga de qué manera contiene la fe de la Resurrección de la carne, la Eucaristía es medicamento de la inmortalidad y germen de la resurrección de los muertos, por Ella resucitaremos un día; y si anheláis conocer si contiene el dogma de la Vida perdurable os diré que la Eucaristía es la sólida grada por donde se sube al paraíso de goces imponderables, ya que en la eternidad gozaremos sin celajes al mismo que gozamos velado en la Eucaristía.

Pero nada he dicho de si contiene el artículo: creo en la Iglesia Católica. Precisamente éste es el peculiar dogma sobre el cual deseaba llamar la atención. Aquí suceden dos cosas opuestas, pero semejantes en el modo, á saber: que la Eucaristía contiene este artículo de la fe como á todos los demás, y que dicho artículo contiene el de la Eucaristía. Respecto de lo primero, hemos averiguado que la Eucaristía contiene todos los dogmas católicos, y como creer dichos dogmas es creer en la Iglesia Católica Romana, resulta que el Sacramento del Altar abraza este artículo. Respecto de lo segundo, sabemos que la Iglesia no tiene formulado en ninguno de los tres símbolos, artículo de fe explícita

sobre el Sacramento de la Eucaristía en particular; pero el que cree en la Iglesia Católica, cree también en todos los dogmas que Ella profesa; y como la Iglesia profesa el Misterio del Altar, resulta que el dogma de la creencia en la Iglesia Católica, contiene el de la S. Eucaristía.

Por lo tanto, este admirable Sacramento abraza la fe del Catolicismo; toda ella se contiene bellamente en la Hostia consagrada; toda ella se resume en Jesucristo Sacramentado.

§. II.

5. Mas, para creer en este Sacramento, y por consiguiente para recibirlo, nos es necesario mayor grado de fe que para creer y recibir los demás sacramentos. *Mysterium fidei*, pronuncian los ministros del Señor al consagrar el cáliz litúrgico. Todos los sacramentos, en efecto, todos los dogmas de la Iglesia Católica son de fe, de tal manera que negar uno sólo sería apostatar horriblemente del dogma católico, ya que la fe de Jesucristo es indivisible; pero entre todos los dogmas se halla el de la Eucaristía, á quien la Esposa del immaculado Cordero denomina con el precioso título de Misterio de la fe. Es así que lleva ventaja á todos los demás en el ser y en la manera de creerlo: en el ser, porque en Él está realmente presente el mismo Autor de la vida con toda su gloria inefable; y en la manera de creerlo, porque aquí creemos contra lo mismo que percibimos, mientras que en los demás misterios creemos solamente lo que no vemos. No vemos el misterio de la adorable Trinidad, y sin embargo, lo creemos; pero en la Eucaristía percibimos pan, percibimos vino y no son tales substancias sino Cuerpo y Sangre de Jesucristo; por lo tanto, para creer en este Sacramento hay que humillar más la razón, hay que tener mayor fuerza de voluntad á fin de creer en la palabra del Señor; se necesita mayor grado de fe, y existe por consiguiente en ello mayor mérito. Los ojos se engañan muchas veces en lo que está bajo el imperio de estos sentidos. Dice Plinio (1) que Zeuxis pintó tan al vivo unas uvas, y pare-

(1) Lib. 35, cap. 10.

rían tan propias que, engañado, voló á picarlas un pájaro. Pintó también Rubens á Clara Eugenia, archiduquesa de Austria, tan al natural que puesto en lugar algo obscuro, al descubrirlo, el archiduque Alberto su marido se llegó contento á saludarla. Empero ni en uno ni otro caso era realmente lo que se veía: los ojos se habían engañado. Si así es, ¿qué mucho se engañen en un Misterio dibujado, no ya por cualquier pintor terreno, sino por el mismo Dios, artífice perfecto? ¿Qué mucho será que vean pan y no sea pan, que vean vino y no sea vino? Y como el Omnipotente, no sólo ejerce poderoso imperio sobre los sentidos, sino más propiamente sobre el espíritu, de ahí que hable más á la razón que á los ojos, y por consiguiente haga que en este Sacramento se humillen no ya los ojos, sino la razón misma.

6. He insinuado que en el Misterio de la Eucaristía poseemos un medio de adquirir infinitos méritos merced á la fe que se necesita para creerlo; y en efecto: tanta mayor fe se necesita para creer un misterio cuanto más profundo sea, cuanto más inaccesible á la razón se halle. Ahora bien; el Sacramento de que ahora nos ocupamos es el Misterio de los misterios, el máximo de los sacramentos, por lo cual dice el Catecismo de S. Pío V (1) que no existe ningún sacramento en la Iglesia que pueda compararse con éste; por consiguiente, al hacerse más fuerza la razón y los sentidos para creer en Él, es evidente que alcanzarán mayor mérito; si nos llegásemos á este Sacramento con la gran fe de Abraham obtendríamos muchas más gracias que las que ordinariamente logramos.

Asimismo, nos obliga á tener en este Sacramento Santísimo mayor fe que en los demás, porque veneramos y vemos y recibimos y administramos y usamos con más frecuencia este celestial Misterio que los restantes; de aquí se sigue que aquello con lo cual nos rozamos con frecuencia suele al cabo de algún tiempo sernos tan familiar que no hacemos de

(1) Pars. II, cap. IV; p. I.

ello el aprecio conveniente; las cosas divinas, que se hallan en posesión nuestra, no están exentas de estas duras trabas. Vemos en efecto al adorable Sacramento en el sagrario, en diversos copones, en diferentes templos, por las calles, en las casas particulares, cuando se celebra el Sto. Sacrificio; y esto un día y otro día, y siempre; al propio tiempo oímos las blasfemias, observamos las irreverencias, las profanaciones, los sacrilegios que se irrogan á este Divino Sacramento, y aquello engendra familiaridad y esto induce al menosprecio por más que nuestro espíritu esté fortificado con una gran dosis de fe. De suerte que si no queremos dejarnos llevar de esta fatal corriente, que al abismo conduce, es indispensable que para venerar y usar el Sacramento del Altar tengamos gran fe, insuperable, mayor que la necesaria para los demás dogmas. Recibimos la Eucaristía y no percibimos más que los accidentes: preciso es, pues, que tengamos robusta fe para creer como se debe que en Ella está permanentemente el Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo. La carencia de semejante fe en el pueblo cristiano es la causa de no comulgar con fervor, siendo esto al propio tiempo el motivo de que no se obtenga de las comuniones casi ningún fruto.

7. Es tan superior y tan sobre toda ponderación este venerable Sacramento, que si queremos percibir algo de Él por los sentidos, echamos á perder la obra más grande que inventara Dios para nuestro provecho. Para hacerlo como connatural á nuestra alma, para sentirlo espiritualmente, es preciso estar dotado de una fe más que ordinaria, porque con fe mediana podría llegar el caso de exclamar con los cafarnaítas: «Duras son estas palabras, y ¿quién las puede oír?» Habían entendido aquellos miserables que Jesucristo quería darles á comer su Cuerpo y á beber su Sangre de un modo carnal y ordinario, cual si comieran las viandas corporales; no creían que Cristo pudiera dárselos de otro modo más admirable y conveniente. Por eso dijo el Apóstol, que entender según la carne, muerte es; y S. Agustín (1)

(1) Tract. 27, in Joan.

añadió, que si los cafarnaítas hubiesen reflexionado un poco más, si no hubieran tenido prevención contra los milagros del Salvador, hubieran entendido que Cristo podía darles efectivamente á comer su carne, pues Él aseguró que en esta comida está la vida eterna.

8. Y qué: ¿no podía acontecer otro tanto á los cristianos de poca fe, de una fe mediana? La fe entra por el oído, y si el oído no escucha repetidas veces los dogmas, podrá llegar el caso de olvidarlos; y en tal estado, ó próximamente á él, se hallan aquellos tibios cristianos que no van jamás al sermón, ó asisten únicamente á los de compromiso; aquéllos que no leen nunca un libro espiritual, ó que comulgan una sola vez al año...; ¿con qué fe pretenden éstos comulgar? y si no hay fe, ¿con qué fervor? y si no hay fervor, ¿para qué se acercarán á la Sagrada Mesa? Muchos de estos malos cristianos comulgarán repitiendo las palabras de los cafarnaítas. ¿Por qué los herejes no creen en este Misterio? Porque lo juzgan según la carne, según los sentidos, y esto propio puede acontecer á los mencionados cristianos. Gran fe, no hay que dudarlo, necesitamos para creer y recibir la S. Eucaristía.

Si los discípulos de Cristo, continúa S. Agustín, tuvieron por duras sus palabras, ¿cómo las tendrán sus enemigos? Católicos: si los que se honran de discípulos de Jesús tienen por duras sus palabras, si se acercan á comulgar tibiamente, por rutina, compromiso ó vanidad, ¿cómo procederán los herejes, los perversos cristianos, verdaderos enemigos de Cristo? ¡Ah! Fijaos por un momento en el horroroso cuadro donde salen á plaza tantos desgraciados herejes, seres de torva mirada, de criminal proceder, sin caridad para con sus prójimos, con una conciencia negra que les gangrena lentamente, con una tristeza en el rostro que les distingue perfectamente de los buenos católicos. Y todo, ¿por qué? pues porque perdieron la fe. ¡Dios no permita lleguemos nosotros á tan horrible trance; mas yo me temo que á muchos cristianos tibios llegue esa hora fatal! Hay quien se lamenta de que esos herejes escandalizan con su depravada conducta á los